



ACTO SEGUNDO.

LA ENTREVISTA.

Parque en el palacio del duque Othón: reja con puerta en el foro: á la derecha del espectador, un ángulo del castillo gótico con una escalera practicable, que da sobre el parque: árboles y arbustos á los lados: un banco de césped: la luna brilla, alumbrando la escena.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Jorge, ¿es cierto?

Jorge.— Sí, señor:

Yo al peregrino seguí,
Su armadura descubrí
De la luna al resp'andor,
Que ya serena brillaba
Después de aquella tormenta.

Duque.—¿Me engaño, Jorge, y alienta?

¡Oh furor! ¿y me engañaba
También Sofía? Por Dios,
Que es mucho su atrevimiento.
Pero se acerca el momento,
Jorge, morirán los dos.
Quien así insulta mi nombre,
Y así mi furor desprecia,
O tiene una alma muy necia,
O debe de ser muy hombre,
¿No sabe qué el duque Othón,
Antiguo y noble guerrero,
No trae al cinto el acero
Para servir de irrisión?

¿Y aquí han de venir, aquí?

Jorge, ¿no te has engañado?

Jorge.—Para el parque se han citado;
Me oculté, y todo lo oí.

Ese guerrero es Hermán.

Duque.—¿El amante de Sofía!

Jorge.—¿Y robáros la quería!

Duque.—¿Robármela? ¿morirán!

¿Dispusiste alguna gente
Con armas?

Jorge.— Dispuesta se halla

Allí, junto á la muralla,
Y á vuestra voz obediente.

Duque.—No escapará ese traidor;

Pero es fuerza aprisionarle,
Porque de un golpe matarle.

No le basta á mi furor.

Sufra una larga agonía,

La horrible muerte esperando,

Y la suerte contemplando

De su adorada Sofía.

A mis plantas los veré,

Temblando, descoloridos,

Y escucharé sus gemidos,

Y en ellos me gozaré.

Jorge, yo siento un volcán

Ardiendo en mi corazón.

¡Han manchado mi blasón!

¡Lo han manchado! ¡morirán!

(Se oye abrir la puerta que está al fin de
la escalera que baja del castillo: el du-
que y Jorge se ocultan entre los árbo-
les, después de sus últimos versos.)

Jorge.—Algúnos llega, señor:

Ocultémonos aquí.

Duque.—¿Y ella es la primera, sí!

Jorge.—Reprimid vuestro furor.

Duque.—No los podremos oír.

Jorge.—Pero los podremos ver.

Duque.—¡Oh! ¡tiembla, infame mujer!

¡Tiembla, Hermán, vais á morir!

(Se ocultan.)

ESCENA II.

SOFIA, ANA. (Baja Sofía poco á poco

la escalera apoyada en Ana.)

Sofía.—Yo tiemblo

Ana.— Valor, señora.

Sofía.—¿Siente una inquietud mi alma!

Parece que de un abismo
El borde pisan mis plantas.
¿Segura estás de que el duque
Tranquilo duerme en su estancia?

Ana.—Si, señora, duerme.

Sofía.— Duerme:

Mientras que yo, desdichada,
Velo y gimo, y me consumo,
Sin poder hallar la calma!
¡Qué noche pasé, qué noche!
Mi corazón palpitaba
Con una horrible violencia:
De una fiebre devorada,
Me retorció en mi lecho,
Maldecía la hora infausta
De mi nacer, y á la muerte
Con voz convulsa llamaba:
Acusaba al cielo, al duque,
Al mundo, á mi padre. . . . ¡Ana,
Tú no puedes comprenderme!
¡Ay! ¡morir! morir es nada;
Pero este insomnio, esta fiebre
Que nos quema las entrañas,
Este padecer eterno
Sin alivio ni esperanza,
Es como un clavo de fuego.
Que el corazón nos traspasa,
Una maldición horrible
En nuestra frente grabada.
¡Un demonio que al abismo
Lentamente nos arrastra!

Ana.—¿Quién al miraros y oiros
No siente vuestras desgracias?
¿Y así la virtud padece?

Sofía.—¿Y cuándo la virtud halla

Su recompensa en la tierra?

¿Qué hice yo, desventurada,

Para que implacable el cielo

Me abrume así con su saña?

Yo de la virtud ni un punto

Dejé la senda sagrada;

Hoy, Ana, es la vez primera

Que mi conciencia se alarma:

Mal hice en venir aquí.

¿Mas qué medio me quedaba

Para evitar que el despecho

De Hermán lo precipitara

A perder por mí la vida,

La vida que veces tantas

Generoso y noble expuso

Por ser digno de una ingrata?

Ana.—Esto consolaros debe,

Señora: vuestras pisadas

El crimen no ha conducido;

Antes vuestra noble alma

Hace un esfuerzo inaudito,

Un sacrificio á que nada

Es comparable: decirle

Al hombre que se idolatra:

“Huye, no vuelvas á verme,

Huye, que el deber lo manda;

Déjame aquí sola y triste,

Sin consuelo ni esperanza.”

Sofía.—Si, se lo diré, y el cielo

Dará valor á mi alma:

Se lo diré, aunque el tormento

Deba matarme mañana.

Y así será, porque ahora
 Que sé que vive, que me ama,
 Que he vuelto á verle y á oírle,
 ¡Oh! yo no sé lo que pasa
 En mi corazón! Al menos
 Cuando su suerte ignoraba,
 Me consolaba la idea
 De que allá en la Tierra Santa,
 Bajo una tumba gloriosa,
 La dulce paz encontrara.
 Que no sufriera cual sufro;
 Mas ¡ay! que como fantasma,
 Amado á un tiempo y temido
 Le ví en la noche pasada
 Cubierto de honor y gloria,
 Reclamando mi constancia,
 Pidiéndome ¡ay Dios! el premio
 De sus inclitas hazañas.
 Siempre noble y generoso,
 ¿Le viste? Mi llanto, Ana,
 Calmó su enojo terrible,
 Y me perdonó mi falta.
 ¿Y hoy para siempre le pierdo?
 ¿Y vivo? ¡desventurada!

Ana.—¡Sólo Dios puede, señora,
 Consolar vuestras desgracias!

Sofía.—En medio de mis tormentos
 Entreveo una esperanza.

Ana.—¿Cuál es, señora?

Sofía.— He sufrido
 Tanto, tanto, que cercana
 Debe estar mi última hora.
 ¿Qué naturaleza basta

Para sufrir lo que sufro,
 Sin morir? Quizá mañana
 Me dará el cielo por premio
 Una tumba solitaria.
 Esta idea me reanima;
 Parece que Dios me manda
 Este rayo de consuelo.

Ana.—¡Callad por Dios! ¡qué palabras
 Tan tristes!

Sofía.— Ana, ¿te acuerdas
 Cómo en la noche pasada,
 Feroz el viento rugía,
 Las negras nubes bramaban?
 Todo era espanto; y ahora
 ¡Mira qué solemne calma
 Reina en la naturaleza!
 Todo en silencio descansa.
 Por el zafir de los cielos
 Esa luna plateada
 Camina, sin que una nube
 Vele su faz: dulce el aura,
 Apenas las flores mece
 Que duermen también: las ramas
 A las aves dan asilo:
 Todo en la quietud se halla;
 ¿Y yo entre todos los seres
 Solamente destinada.
 Estaré á sufrir por siempre?
 ¡Ah! no, ya Dios me señala
 El sepulcro como un puerto
 De mi vida en la borrasca.

Ana.—¡Me haceis llorar!

Sofía.— Padre mío,

He cumplido mi palabra,
Pronto me uniré contigo;
Mas qué rumor.....¡cielos!

Ana.— Nada,
Nada se mueve, señora.
No temais.

Sofía.— Si por desgracia
El duque me sorprendiese,
¡Cuán criminal me juzgara!
Sobre la triste Sofía
Y sobre Hermán descargara
Su furor! Vuelve al castillo,
Vela por tu triste ama.
Yo entretanto aquí á los cielos
Dirigiré mis plegarias:
La oración me dará fuerza
Para sufrir mis desgracias.

Ana.— Sí; nada temais, señora:
Tened en Dios confianza,
Y en mi cuidado.

Sofía.— Ana mía,
Eres para mí una hermana.

Ana.— Me avergonzais; voy, señora.
Que la Providencia santa
Os dé valor. (Tú, Dios mío,
Su noble proyecto ampara.)

(Vase.)

ESCENA III

SOFIA. (Se arrodilla al pie de la escalera,
y levanta sus ojos y sus manos al
cielo.)

¡Virgen, madre de Dios! ¡Virgen María!
Tú que miras, Señora, mi agonía,
Mi profunda aflicción:
Escúchame piadosa desde el cielo
Y derrama una gota de consuelo
Sobre mi desgarrado corazón.
A aquel Señor que sus divinas huellas
Estampa sobre el sol y las estrellas,
Ruega, ¡oh Madre, por mí!
Por mí, que devorada de tormentos,
Débil caña, juguete de los vientos,
Siempre en el valle de la tierra fui!
Mas yo he sufrido la tormenta impía
Sin mancharme jamás; siempre mi guía
Fué ¡oh Virgen! la virtud
Ante el lecho de un padre moribundo,
Sacrifiqué los bienes de este mundo,
Y de duelo cubrí mi juventud!
En la fogosa edad de las pasiones,
Sin placer, esperanzas ni ilusiones,
Sola y triste gemí,
Cual flor en el desierto abandonada,
Cual barquilla á las olas entregada.
¡Nadie ha tenido compasión de mí!

Tú lo sabes, Señora, ¿qué no he hecho
 Por borrar una imagen de mi pecho,
 Y olvidar un amor?
 Inútil todo por mí mal ha sido;
 Tu Hijo, Madre de Dios, cerró el oído
 Al profundo gemir de mi dolor!
 Agobiada de bárbaros pesares
 Fui á llorar hasta el pie de los altares,
 Pidiendo compasión:
 Y allí abrazada de la cruz, gemía,
 Y allí por él lloraba el corazón!
 Tú, Omnipotente Dios, que me criaste,
 ¿Acaso de la nada me sacaste
 Para gemir así?
 ¿Para gozarte acaso en mis martirios?
 Perdona ¡oh Dios! perdona mis delirios,
 Mira mi llanto, ten piedad de mí!
 Y desde tu alto trono de diamante,
 Dirige una mirada un solo instante
 Sobre mí, sobre Hermán:
 Dale valor, y á mí la tumba fría:
 Sí, yo lo espero: el venidero día
 Mis cenizas en paz reposarán!
 (Queda algunos momentos arrodillada, cubriéndose el rostro con las manos.)

ESCENA IV

SOFIA, HERMAN, GUSTAVO.

(Aparecen á la puerta del parque, y contemplan á Sofia.)

Her.—Mira!a Gustavo, allí,
 Como una visión de amor,
 Como un ángel de dolor,
 Orando tal vez por mí.
 ¡Y yo de su corazón
 Pude dudar un instante!
 Mira en su hermoso semblante
 Retratada su aflicción.

Gus.—Llega, que es tarde: yo aquí
 Los caballos cuidaré.
 Prevenido esperaré.

Her.—Gracias, hermano: por mí
 Tu vida expones ahora:
 ¿Cómo sabré agradecer.....

Gus.—Calla, Hermán; es un deber:
 Llega, que viene la aurora
 (Se retira.)

ESCENA V.

SOFIA, HERMAN. (Sofía, á los pasos de Hermán se levanta, y vuelve la cabeza á mirarle.)

Her.—Gracias, gracias, Sofía.

Sofía.— ¡Hermán!

Her.— Te miro,

Te miro al fin, hermosa,

Y mi tristeza olvido, y mis tormentos:

Todo, todo lo olvido

Cuando estoy á tu lado,

Cuando siento el aliento embalsamado

Que tú, mi bien, respiras,

Y al través de tus lágrimas me miras.

Esa inefable, angélica ternura

De tu mirar; tu palidez, tu llanto,

Tienes no sé qué encanto

Melancólico, dulce, indefinible!

Oculto allí, mi bien, te contemplaba,

Tu oración respetando fervorosa:

Sobre tu frente cándida y hermosa,

El rayo de la luna resbalaba.

Jugaba el aura con tus bucles de oro,

Y con tu blanco transparente velo:

Tus ruegos elevabas hacia el cielo

Por mí, por mí, Sofía! ¡Yo te adoro!

La lágrima que tiembla en tu mejilla,

Es la gota de bálsamo que calma

La agitación frenética de mi alma.

Ven á mi corazón, toca mi frente:

¡Oh! si vieras, mi bien, cuánto he sufrido!

¡Pero te veo, y mi dolor olvido,

Y sueña dicha el corazón doliente!

Sofía.— ¡Dicha! ¡dicha! ¿qué dices, desgraciado?

En este valle de amargura y duelo

¿Qué nos resta, infelices? ¿qué consuelo

Hallará nuestro pecho desgarrado?

Condenados los dos á eterno lloro,

No nos queda siquiera una esperanza.

¿Qué es nuestro porvenir? horribles penas,

Vivir eternamente separados,

Lejos uno del otro, condenados

A arrastrar en silencio las cadenas,

Cadenas pesadísimas que pronto

Acabarán con la existencia mía!

Her.— ¡Ah! no, jamás! unámonos, Sofía:

Yo, ser tuya juré; por ti he vivido:

Y á arrancarte de aquí sólo he venido:

Ven, abandona esta prisión dorada:

Dejemos esta atmósfera maldita

Que te sofoca, y tu beldad marchita:

Busquemos otra pura, embalsamada,

Digna de ti, Sofía: de tu frente

Arroja esa diadema que te humilla;

La guirnalda sencilla

De violeta, y jazmín, y mirto y rosa,

Que mi amorosa mano te ceñía,

Brillaba más hermosa

Sobre tu frente cándida, Sofía!

Sofía.— ¡Ay! verdad es, Hermán; aquellas
(flores)

No quemaban mi frente cual la quema
Esa ducal diadema.
Tú no sabes, Hermán, lo que ha pasado
En este corazón! gota por gota
Ha ido cayendo en él cuanta agargura
Puede haber en la vida: ¡oh! cuántas veces,
Cuántas pensé que mi razón perdía!
Un recuerdo de fuego me quemaba,
Mi pecho con mis manos destrozaba,
Y tu nombre entre llanto repetía!
Llanto, sí, llanto; pero amargo, ardiente,
Cuya huella jamás el tiempo borra,
Que seca el corazón, ruga la frente!
¡Y tener que ocultarlo, y el contento
Aparentar, y parecer en calma
Cuando está ardiendo y desgarrada el

(a'lma.

Cuando toda la vida es un tormento!
Y la frívola corte sonreía
Al verme de brillantes coronada,
Y mi suerte tal vez era envidiada,
Cuando sangrando estaba el alma mía!
Cuando mi traje recamado de oro,
Era un paño de muerte que abrumaba
Mi débil cuerpo; cuando yo regaba
El rico mármol de mi estancia, en lloro!
Y tu imagen aquí, sin que un momento
La pudiera borrar de mi memoria!
Her.—¡Y yo soñando amor, buscando glo-

(ria,

Sin sospechar siquiera mi tormento,
Intrépido al peligro me arrojaba:
Un nombre ilustre conquistar quería,

Un nombre que ofrecer á mi Sofía,
Cuya celeste imagen me animaba.
¡Oh! dulces eran para mí las penas,
Y leve la armadura:
De la abrasada Siria en las arenas,
Pensando en la ventura
Que tu amor me guardaba!
Tus últimas palabras repetía;
De mi alazán el cuello acariciaba,
Y el noble bruto ufano relinchaba,
Y yo mi lanza intrépido blandía.
Aprovechando á veces una tregua,
Bajo la sombra de una hermosa palma
Pulsaba mi laúd, y en dulce trova
Mis ardientes suspiros te mandaba,
Que en el desierto inmenso se perdían,
Y mi laúd con lágrimas regaba!
Sofía.—Pero era dulce tu llorar al menos:
La gloria te seguía,
Una grata esperanza te animaba;
Pero yo triste, yo, que ni un momento
Gozaba de quietud, que á todas horas
Escuchaba una voz que me decía:
“¿En dónde está, perjura,
La eterna fe que me juraste un día?”
Y mis ensueños espantosos eran:
Ya muerto en Palestina te veía;
Ya llegar á tu patria, y despedido,
Mi nombre maldiciendo,
Del fiero duque provocar la saña;
Y tu acero cruzarse con el suyo
En lid horrenda, y salpicada en sangre,
En la sangre de Hermán y de mi esposo

Entre tumbas vagar sola en el mundo!
¡Oh Hermán, cuánto he sufrido!

Her.— Si, Sofía;

Pero ya más felices viviremos:
De nuestra patria lejos estaremos
Cuando luzca la luz del nuevo día.

Que allí mi corcel está
Tascando el el freno impaciente:

Pronto la aurora vendrá:

Ven, su rayo lucirá

Sobre tu cándida frente.

¡Ven, mi vida, mi tesoro!

Ven, adorada beldad,

Ven, enjugaré tu lloro:

No tendrás mármoles ni oro,

Pero tendrás libertad.

Sofía.—¡Ah!

Her.— De tu esposo tirano

Burlaremos el furor:

Sobre mi trotón lozano,

Mi fuerte lanza en la mano,

Yo defenderé á mi amor.

No temas, hermosa, ven;

¿Quién puede vencerme, quién?

Nadie; la victoria es mía,

Porque defendo á Sofía,

Porque lido por mi bien!

Sofía.—¡Infeliz!

Her.— Todo mi allán

Será sólo tu ventura,

Y de mirto y de arrayán

Mis manos coronarán

Tu frente agélica y pura.

A tu canto, la armonía

Juntaré de mi laúd.

Yo seré tuyo, tú mía,

Y un ensueño de alegría

Será nuestra juventud.

¿Mas nada respondes, nada?

¿Desoyes mi ardiente ruego?

¿Vuelves de mí tu mirada,

Y siento tu mano helada

Entre mis manos de fuego?

Temes ¡ay! participar

De mi pobre humilde suerte?

Sí, yo lo debí esperar:

Tú viniste á este lugar

Para anunciarme la muerte;

Porque mandarme vivir

Sin ti, adorada Sofía,

Es condenarme á morir....

¿Lo quieres? Voy á partir....

Sc'ia.—(Volviendo el rostro anegado en llanto.)

¡Hermán!

Her.— ¡Lloras, vida mía!

Sofía.—¡Eres, Hermán despiadado!

Mirando estás mi dolor,

Mi rostro en llanto bañado,

¿Y dudas, desventurado,

Del exceso de mi amor?

¿Por quién he venido aquí

Los peligros arrostrando?

¿Por quién ¡ay! tanto sufrí?

Por ti, ingrato Hermán, por ti.

Que estás de mi amor dudando.

Her.— No dudo ya, no, Sofía.
Sofía.— Por ti, Hermán, despreciaría

Los peligros y la muerte;
Porque mi delicia es verte,
Tú, el alma del alma mía.
La humilde cabaña fuera
Para mí grata mansión,
Si allí seguirte pudiera,
Si allí tranquilo estuviera
Mi llagado corazón:
Porque no puedo olvidar,
Porque te amo todavía,
Porque te amo á mi pesar,
Porque no puedo arrancar
Tu imagen del alma mía.

Her.— Angeles que la escuchais,
¿En la sagrada mansión
De ventura que habitais,
Esta delicia probais
Que prueba mi corazón?
¿Encantadora mujer,
Si vieras qué hermosa estás!
Tiene tu llanto un poder
Que no puedo comprender;
Y dime, ¿me seguirás?

Sofía.— Oye, Hermán; voy á morir,
Que sin tí no podré yo
Por largo tiempo vivir;
Mas no te puedo seguir.

Her.— ¿No puedes seguirme?

Sofía.— No.

Her.— ¿Quién te lo impide, Sofía?
¿Quién te lo impide?

Sofía.— El deber:

Juré.....

Her.— Juraste ser mía.

Ven.

Sofía.— ¿Y criminal sería?

¿Me quieres envilecer?

Un impuro corazón

No fuera digno de ti:

¿Hermán, Hermán, compasión!

De un padre la maldición

No caiga ¡ay Dios! sobre mí.

Hoy puedo por tí rogar

A Dios; hoy puedo mi frente

Sin crimen al cielo alzar;

Hoy puedo, en fin, espirar

Infeliz, pero inocente.

Tú en mi sepulcro vendrás

A colocar una flor,

Y mi virtud amarás,

Y enternecido dirás:

Murió digna de mi amor.

En otra mansión un día,

En otra región de luz,

Inundada de alegría,

Se unirá por fin Sofía

Al soldado de la cruz.

Her.— Es cierto, tienes razón:

No podemos ya vivir

Juntos en esta mansión

De luto y de maldición;

Pero podemos morir.

¿Morir, morir por tu amor,

Y á tu lado, vida mía!

¿Dónde habrá dicha mayor!
 Hacia otro mundo mejor
 Volaremos en un día.
 Siéntate junto de mí:
 Pronto la aurora vendrá:
 Te buscarán, ¿no es así?
 Y vendrá el duque, y aquí
 A los dos nos matará.

Sofía.—No, no; yo tengo valor
 Bastante para morir
 Del fiero duque al furor;
 Pero no quiero ¡oh mi amor!
 Verte á mis ojos sufrir.
 Huye, que ya llega el día:
 Huye al instante, por Dios:
 Te lo ruega tu Sofía.

Her.—¿Y á dónde iré, vida mía,
 Si no partimos los dos?
 ¿En dónde vivir pudiera
 Si mi universo es aquí?

Sofía.—Sigue de Dios la bandera:
 Tal vez la gloria te espera.

Her.—No quiero gloria sin ti.
 (Ruido de pasos dentro.)

Sofía.—¿Escuchas ese rumor?

ESCENA VI

Dichos, GUSTAVO (Precipitado.)

Gus.—Hermano, somos perdidos;
 Entre esas ramas dos hombres
 Se ocultan.

Her.— ¡Cómo!

Sofía.— ¡Dios mío!
 Será el duque!

Her.— Nada temas
 ¿No estás con Hermán, conmigo?
 Venga el duque, de mi espada
 Probará el agudo filo;
 ¿Ni quién vencerme pudiera,
 Si estoy, mi amada, contigo;
 Si me anima de tus ojos
 El fulgor puro y divino?
 ¡Al arma, Gustavo, al arma!

Gus.—Morir antes que rendirnos.

Her.—¿Dos no más? ¡desventurados!

Sofía.—Deja que vuelva al castillo,
 Y huye tú.

Her.— ¿Huir? ¡oh! nunca.

Ven, Sofía, ven conmigo,
 Que será cierta tu muerte
 Si ya el tirano te ha visto;
 Logremos ganar la puerta:
 Sobre mi alazán querido
 Te colocaré, y entonces,
 Adiós, hermoso castillo,
 Adiós, prisiones doradas,
 Que ya hemos roto los grillos.

Sofía.—Y adiós, también, virtud santa:
 ¿Tras de tantos sacrificios
 Te perderé? ¡No, no, nunca!
 Hermán á tus pies te pido
 Que te salves, y me dejes
 Sufrir sola mi destino.
 Huye.

Her.— Contigo.

Sofía.— No.

Her.— Entonces

 Sálvate tú, hermano mío.

 (Arroja la espada.)

 Mira, ya no tengo espada.

 Morir aquí determino.

Gus.— ¡Ah! no; toma: á pesar suyo

 Sálvala: toma, te digo,

 Que ya vienen; ya se acercan.

Her.— Salvémosla, pues, amigo.

Gus.— Dos para dos, no hay ventaja.

Sofía.— ¡No sé dónde estoy, Dios mío!

ESCENA VII.

Dichos, EL DUQUE, JORGE [con espadas
 desnudas].

Duque.— ¡No podeis huir, malvados!

Sofía.— El es, ¡oh Dios!

Duque.— Foragidos,

 Que de la noche en las sombras

 Ocultais vuestros delitos:

 ¡No escapareis, no, lo juro!

 ¡Morireis entre martirios!

 ¿Y pensabais engañarme,

 Y burlar el furor mío

 Con la fuga? ¡no, cobardes!

Her.— ¡Cobarde! ¡cobarde has dicho?

 Pronto lo veremos, duque.

 Paso.

Duque.— ¡Eh, atrás!

Her.— Paso, os digo,

 O lo abriré con mi espada.

 A ellos, Gustavo.

(Lidia Gustavo con Jorge, y Hermán con
 el duque.)

Duque.— ¡Atrevido!

 Ríndete.

Jorge.— ¡Guardias!

(Gritando.)

Duque.— No, calla;

 Mire el soldado de Cristo

 Que el duque Othón solo basta

 A desarmarle y rendirlo.

Sofía.— ¿Dónde estoy? ¡dejadme, bárba-
 (ros!

Her.— No temas, estás conmigo.

Gus.— (A Jorge que cae.)

 ¡Muere tú, muere, malvado!

Jorge.— ¡Guardias!

Gus.— Cállate, maldito,

 Si quieres que te perdone!

 Calla.

Duque.— (Soltando la espada).

 Pese al furor mío.

Her.— Duque, ¿quién es el cobarde?

 Ya tengo libre el camino.

 Pronto á caballo, Gustavo.

Duque.— (Gritando.)

 ¡Guardias!

Her.— Aún no te han oído.

Sofía (Queriendo soltarse).

 ¡Hermán, por piedad!

Her.— Marchemos:

A su pesar, del peligro
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno ¡Guardias!

Her.—Adiós, duque Othón.

(Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!

¿Estais scrdos? ¡Ah! se escapan.

(Salen los guardias)

Corred, y muertos ó vivos

Vengan aquí: pronto, pronto.

Que Hermán toma ya el estribo.

(Se van los guardias.)

¡Jorge, Jorge! Mi caballo:

¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Si tardamos un instante,

Los fugitivos se escapan.

¡Vive el cielo! no creía

Que tal valor se encontrara

En ese obscuro guerrero:

¡Qué serenidad, qué audacia!

¿Y quién es el otro joven

Que al cruzado acompañaba?

Jorge.—Un hermano menor suyo,